

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FILOSOFIA**  
Y  
**LETRAS**

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**17**

*ENERO-MARZO*

**1945**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

*Eduardo García Máynez.*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . .	\$7.00
Exterior . . . . .	dls. 2.00
Número suelto . . . . .	\$2.00
Número atrasado . . . . .	\$3.00

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

**DR. ALFONSO CASO**

Secretario General:

**LIC. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

**PABLO MARTÍNEZ DEL RÍO**

## Sumario

### SYMPOSION SOBRE "EL DESLINDE" DE ALFONSO REYES (II)

	Págs.
Gabriel Méndez Plancarte . . . . .	11
Edmundo O'Gorman . . . . .	21
FILOSOFIA	
José Gaos . . . . .	39
F. S. C. Northrop . . . . .	55
LETRAS	
Ferrán de Pol . . . . .	79
Víctor Rico . . . . .	91
HISTORIA	
Agustín Millares Carlo . . . . .	97

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

*Filosofía*

	Págs.
Enrique Espinosa . . . . .	<i>Spranger y las ciencias del espíritu.</i> (Juan Roura-Parella.) . . . . . 103
José Gaos . . . . .	<i>La filosofía de los valores. Panorama de las tendencias actuales en Alemania.</i> (Alfredo Stern.) . . . . . 105

*Letras*

Ferrán de Pol . . . . .	<i>Letras Mexicanas en el Siglo XIX.</i> (Julio Jiménez Rueda.) . . . . . 109
Ferrán de Pol . . . . .	<i>De la Conquista a la Independencia.</i> (Mariano Picón-Salas.) . . . . . 111
Miguel Bueno G . . . . .	<i>El cancionero de Upsala</i> . . . . . 112

*Historia*

Juan Barona . . . . .	<i>El Federalista o la Nueva Constitución.</i> (Hamilton, Madison y Jay.) . . . . . 115
Ferrán de Pol . . . . .	<i>Historia de los Papas en la época moderna.</i> (Leopold von Ranke.) . . . . . 117
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Los retratos de Hernán Cortés. Estudio iconográfico.</i> (Manuel Romero de Terreros.) . . . . . 118
Noticias . . . . .	. . . . . 121
Publicaciones recibidas . . . . .	. . . . . 127

## En Torno a "El Deslinde"

"*Deudor moroso*" . . .

En 1937 concluía yo el capítulo consagrado a don Alfonso Reyes en mi *Horacio en México*, con estos párrafos: "Cuando publicó aquellos libros —*Cuestiones Estéticas y Huellas*—, inverosímiles en un muchacho de veinte años, contrajo Alfonso Reyes una deuda sagrada con México y con el Arte. Pero . . . el deudor nos ha resultado un poco moroso. Dígolo porque lo admiro y lo quiero — sin conocerlo más que por sus libros. Dígolo porque siempre me ha dolido que los millonarios derrochen sus caudales . . . Alfonso Reyes nos debe —se debe a sí mismo— algo más y algo mejor: la obra perdurable, el *monumentum aere perennius* que no todos pueden soñar y que muy pocos logran erigir. Busquen otros la fácil —y frágil— notoriedad de la última moda; él no, que es de aquellos ante quienes, según el decir del Maestro, 'la Venus Urania ha aparecido sin cendales' . . .

"El que es capaz de erigir Pirámides, no puede —no debe— contentarse con levantar *bungalows* o *chalets*. Al que tiene alma para acompañar a Dante por la selva oscura, no le es permitido entretenerse en jugar a las escondidillas. El hambre y la sed apremian. Y para saciarlas, no nos bastan confites ni licores, por muy exquisitos que sean. Necesitamos la hogaza de buen trigo, dorada y fragante; el 'robusto vino' en que rojea 'la sangre del sol'. Alfonso Reyes puede dárnoslos. ¿Nos los dará? . . ."

\* \* \*

Así escribía yo hace siete años, con respetuosa franqueza en la que Alfonso Reyes supo ver —bajo la apariencia de reproche— todo lo que en

ella había de elogio y de hondísima estima. Y supo responder a ese esperanzado llamamiento, no con desdeñosa suficiencia —como lo habría hecho cualquier mediocre engreído—, sino con la única respuesta válida: con hechos, con frutos, con una montaña de recios volúmenes que en los últimos años ha lanzado a luz con la serena elegancia de un discóbolo helénico, con la suprema agilidad de a quien le basta extender su mano para coger en abundancia los frutos de su huerto en plenitud. Y así, a la par de volúmenes en que ha recogido valiosos trabajos dispersos —como los *Capítulos de Literatura Española*, *Ultima Tule* y *Pasado Inmediato*—, y junto a volúmenes antológicos, como el reciente *Dos o tres mundos*, seleccionado por Castro Leal, Alfonso Reyes nos ha dado una serie de obras maestras que no tienen igual en las letras contemporáneas de habla española: *La Crítica en la Edad Ateniense* (1941), *La Antigua Retórica* (1942), *La Experiencia Literaria* (Buenos Aires, 1942), *Tentativas y Orientaciones* (Buenos Aires, 1944). Y ahora, culmen de una etapa e iniciación de una trayectoria posterior, *El Deslinde. Prolegómenos a la Teoría Literaria* (México, 1944).

Por eso yo, que en 1937 osaba declararlo “deudor moroso”, me siento hoy obligado en justicia a proclamar que su deuda está saldada con creces y que, desde los ya lejanos tiempos de Menéndez Pelayo, no existe —en toda la amplitud del mundo hispánico— monumento de crítica e investigación literaria que pueda compararse, por su solidez y su amplitud ecuménica, al que ha levantado —sabio y artista— Alfonso Reyes.

### ¿Erasmus mexicano?

Suele hablarse, en tono de agrio reproche, del “erasmismo” de Alfonso Reyes. Como si el genuino erasmismo no fuera la más noble tradición del humanismo español; como si el autor del *Enchiridion* no hubiera dejado su huella luminosa desde los más remotos orígenes del humanismo mexicano —juntamente con sus grandes amigos Tomás Moro y Juan Luis Vives—; como si Erasmo no representara —a despecho de sus vacilaciones y aun de sus errores— una cumbre radiosa de serenidad frente a las epilepsias de energúmeno de Lutero y sus secuaces.

Mas nuestras tierras “de sangre cálida”, donde la intolerancia y el partidarismo asumen proporciones monstruosas de flora y fauna tropicales, no le perdonan a Reyes su radical “apoliticismo”, su anchura cordial,

su amplitud comprensiva que lo coloca por encima de las pequeñeces y las disputas de campanario. A toda costa se le quiere "encastillar", y "encasillar", en un fichero de partido; se le quiere uncir al yugo y grabarle el hierro candente del rebaño. Se le quiere convertir en "vocero" de esto o de aquello; se piensa que sería un magnífico anunciador de radio para la venta de ciertas sospechosas panaceas...

Pero Alfonso Reyes —"supremo varón literario", como él dijo de Martí— mantiene su modesta, y altiva, independencia por encima de los partidos encrespados que se lo disputan. "Yo soy yo", podría él repetir orgullosamente con el venezolano Rufino Blanco-Fombona, y con más razón que éste.

¿Erasmo mexicano? Sí. Pero un día llegará en que la frase que pretendió ser injuriosa, se convierta quizás en el máximo elogio y en la más certera definición de Alfonso Reyes.

### *El benedictino*

La última gran obra salida de la pluma de Reyes es este fuerte volumen —*El Deslinde*— que marca el comienzo de una ciclópea tarea, inspirada —nos dice él mismo— en el "anhelo de organizar las notas dispersas" (p. 11) de su vasta experiencia literaria y humana. "Investigación retrospectiva del propio itinerario, que es un imperioso reclamo de la conciencia", y que busca "poner un poco de orden en los hacecillos dispersos de una obra siempre desarticulada por una existencia de viajero". Existencia de viajero —aclaremos— que ha estado consagrada al servicio de la patria y que ha enaltecido por todo el orbe hispánico —y aun más allá— el nombre de México.

Pero ahora que —"más por abandono que por premio"— se ve "dichosamente recluso" en su "oficio privado" de escribir, Reyes, en plena madurez, se concentra "a interrogar" su "imagen del mundo" (p. 11); en "la región más transparente del aire", en este Valle de México que él ama como pocos y que ha cantado como ninguno. Ha llegado a "aquella edad en que nada se ambiciona tanto como transferir a tierra nueva y jugosa el arbusto que nos ha tocado educar". "Y más ahora —agrega— que el jardín humano se ve pisoteado por la locura".

Noble espectáculo, en verdad, el de este *homme de lettres* que, sin mengua de su generosa y universal "profesión de hombre", sabe que, para

los destinos superiores de la especie, importa más la filosofía que la máquina, la poesía que la política, el “logos” que la “techné”, la “theoría” que la “praxis”. Dichoso quien, en este sangriento “crepúsculo de la civilización”, sabe recogerse en sí mismo para no escuchar los alaridos de los nuevos bárbaros mecanizados, y presentir la aurora del viejo humanismo que resurgirá sobre el mundo occidental y cristiano.

Escribiendo, en estos años de catástrofe, libros como *La Crítica en la Edad Ateniense* y *El Deslinde*, Alfonso Reyes me hace evocar a aquellos monjes benedictinos que, en la alta Edad Media, bajo la marea amenazante de las invasiones germanas —¡ya desde entonces!—, seguían impenetrables en sus monasterios-fortalezas, copiando sin fatiga y miniando con delicado primor los viejos manuscritos en que se guardaba para los siglos el tesoro de la antigua filosofía y la flor no marchita de la poesía grecolatina. Como ellos, Reyes conoce la “sentencia de oro: No conceder al espíritu sino los ocios de tranquilidad y de dicha es desdeñarlo, es suponer que puede haber algo superior al espíritu”. Por eso concluye: “Cerrando los ojos, avanzamos contra el huracán” (p. 353).

### *Tecnicismo y hermosura*

Como lo indica su título, esta obra quiere ser un “Deslinde”, que, recordando la admonición de Kant: “No es engrandecer, sino desfigurar las ciencias, el confundir sus límites”, se ha propuesto echar las bases de la Teoría Literaria, estableciendo “el deslinde entre la literatura y la no-literatura” (p. 18). Tema aparentemente fácil para el que no cala en lo hondo de estas “realidades fugitivas que nos dejan siempre algo burlados, como en la fábula de Ixión y la nube” (p. 19). Bien dice Reyes: “Lo más difícil, aquí como en todo problema, es darse cuenta de que hay un problema. Nada más avieso que lo obvio. Pero conceder a lo obvio la máxima atención, ya para revocarlo a duda o para resignarse a aceptarlo, es prenda de probidad mental, es método de asepsia, siempre aconsejable por lo mucho equívoco que tras lo obvio se solapa, y es la base de que han partido, en horas de desconcierto, los filósofos Robinsones” (p. 354).

Para emprender el arduo itinerario, para trazar esta “fenomenología del ente flúido”, Reyes ha tenido que sacrificar —sólo parcialmente y sólo provisionalmente— algo de lo que más ama: “Por lo pronto, arrojé

a los pies de mis dioses algunos de mis juguetes más queridos: la venustez de las frases y el deleite de las cadencias. Y me resigné a atravesar por campos de abruptos tecnicismos" (p. 354). Más no se lo creáis sino a medias. El gran prosista que es Reyes no puede olvidar —aunque lo quisiera— su arte exquisito: quien una vez fué gran nadador, jamás olvidará a los delfines.

Cierto que en muchas páginas de este libro hormiguean los tecnicismos exigidos por el rigor científico. Mas decidme: ¿por qué la ciencia de la literatura ha de ser la única entre sus hermanas que no pueda echar mano de ese útil instrumento que es el tecnicismo — cápsula verbal, comprimido eficaz que ahorra largas explicaciones y fatigosos rodeos? ¿Por qué, si Reyes explícitamente ofrece una obra de carácter científico, se le ha de exigir que prescindiera de ese científico instrumento de precisión y que nos dé un libro ameno, de fácil lectura y de puro paladeo estético? Digámoslo de una vez por todas: *El Deslinde* no es, ni pretende ser, fundamentalmente, obra de arte, sino de ciencia: su objeto son los "prolegómenos a la Teoría Literaria", como lo dice bien claro su subtítulo. Ni es obra de mera divulgación, al alcance de todas las fortunas, sino análisis técnico para especialistas, del fenómeno literario en sus más oscuras sutilezas y honduras. "Ya, a lo largo de una vida consagrada a las letras, nos han sobrado ocasiones para cantarlas con acento más placentero" —advierte Reyes—. "Aquí no era caso de cantar, sino definir" (p. 235).

Y todavía, a despecho de la índole científica de la obra, Reyes ha sabido, en general, darle una extraña tersura de cristal de roca —duro pero diáfano—, y la ha sembrado de páginas y expresiones que todo buen catador paladeará con placer exquisito. Así, la página del prólogo en que fija sabiamente la posición de nuestra América, "heredera hoy de un compromiso abrumador de cultura y llamada a continuarlo", y rechaza la pretensión de los europeizantes exclusivistas, de "mantenernos en postura de eternos lectores y repetidores de Europa" (p. 10): página que me hace recordar las de otro gran pensador hispanoamericano, don Andrés Bello, que —sin renegar de la secular tradición que nos liga a la gloriosa cultura de Occidente— no se cansaba de prevenir a nuestras juventudes contra la que él llama "servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa" y levantaba el ideal, arduo pero no inasequible, de la cultura auténticamente americana.

Así, la bella evocación de “los días transparentes” que pasó en “la tierra michoacana, tan impregnada de sabores vernáculos: cuna de hazañas e ideas trascendentales para la formación nacional...”; y de “las grandes sombras —héroes y pastores de pueblos—...: el Padre Hidalgo, en cuya persona la Historia intencionadamente quiso condensar los rasgos de la Mitología: libro y espada, arado y telar, sonrisa y sangre; y el obispo Vasco de Quiroga, el que con sus Fundaciones trajo hasta nosotros aquel sentido utópico que, a la sola aparición de América, se apoderó del pensamiento europeo; el que, con la masa de nuestra gente, comenzó a modelar un mundo mejor, bajo las inspiraciones de Tomás Moro y Juan Luis Vives” (p. 12).

Así, el poema en prosa que canta a “la Isla Encantada” de la Poesía, que “no existe para la ontología”, pero “surge del abismo, mágica y loca, y se arrima por aquella orillada zona del espíritu todavía plástica, todavía no policiada; aquélla desde donde todavía se columbra, a balcón abierto, otra posibilidad de naturaleza, otra estructura de la creación, que mal podría ser ajena a la infinita posibilidad de crear”; divinidad de la poesía que “continúa proliferando milagros..., y por eso infunde desazón al oribe del razonamiento, cuya delgada herramienta deja inútil” (p. 347).

Así, finalmente —y sólo para no hacer interminable esta enumeración de joyas—, aquel postrer elogio a la Poesía: “Catharsis para el ánimo, edificación en la ética, vivificación en la política, compensación para los vacíos del mundo, enriquecimiento de la especie, camino de la humanización del hombre, guía en tormenta, brecha en ahogo — ella liberta, ella levanta: no sin henchir antes de arrullos, a imagen de la canción de Ariel, las pausas de la noche de Fausto” (p. 355).

### *Esquema y salvedades*

Imposible dar aquí ni siquiera una síntesis de *El Deslinde*. Obras de tal densidad y de tan vasta envergadura se resisten a ser compendiadas para lectores apresurados de *Reader's Digest*, y exigen ser leídas íntegramente, pacientemente, por quien de veras quiera —y sea capaz— de saborearlas. “El que quiera azul celeste, que le cueste.”

Sólo trazaré —a modo de brevísimo esquema ultrasimplificado— su trayectoria. Tras de fijar y exponer su “Vocabulario y Programa” (c. 1) y analizar los diversos tipos de “la función ancilar” en general y de

"lo ancilar literario" en particular (c. II), pasa el autor a deslindar la "primer tríada teórica": Historia, Ciencia de lo real, Literatura (c. III), admitiendo sólo secundariamente, mas no "como definitivo y único" el "criterio cuantitativo" de Toynbee (c. IV), e insistiendo, en cambio, en "la cualificación" de los datos como criterio de discriminación entre esos tres órdenes teóricos (c. V). En la quinta etapa del deslinde, examina "la Ficción Literaria" en cuanto a su estructura y la antigua teoría de la "mímesis", "tan resbaladiza y expuesta a falsas interpretaciones" (c. VI), para llegar finalmente al "deslinde poético", que se refiere al "carácter lingüístico" de la literatura (c. VII). "Mero lujo de análisis", el postrer capítulo (c. VIII) abarca la séptima etapa del deslinde: el deslinde entre "la segunda tríada teórica": Matemática, Teología y Literatura. Y concluye el libro, que "no es un alegato, sino una excursión por la selva de las disciplinas humanas, para averiguar más o menos los sitios que la literatura frecuenta", no con un pedante "inventario de conclusiones" rígidas, sino con una bella "Peroración" en que el Autor, cumplida "con mano firme de varón" su hercúlea hazaña de "rescatar la interpretación de la poesía entre las sentimentalidades confusas que la ensombrecen", se detiene a sus puertas, ofreciéndonos "dedicar futuros desvelos" a "otras aventuras por el interior de la poesía".

Tal es, en sus líneas maestras, el esquema de esta obra genial. Obra genial, repetimos, si bien no perfecta, pues nada humano lo es. Bien lo sabe Alfonso Reyes, "fiel al precepto baconiano: *Semper aliquid addiscere*" (p. 12).

¿Salvedades? Sí, pero tan leves, que preferimos obedecer a nuestro maestro Horacio: "*Ubi multa nitent in carmine...*"

Inexactitudes graves sólo encontramos en las páginas que Reyes consagra a la Teología (pp. 323-346), y en algunos otros rasgos dispersos en que toca también, de paso, asuntos teológico-filosóficos. Mas no creemos necesario insistir en ellas: primero, porque ya Alfonso Méndez Plancarte las puntualizó cumplidamente en sus artículos de *El Universal* (20 y 27 de Nov., 4 y 11 de Dic. de 1944); y segundo, porque no hay que olvidar lo que el mismo Reyes nos dice: "este capítulo es apéndice, y se emprende por lujo de análisis y por amor. Será informal y digresivo" (p. 239). Sería, pues, falsear la perspectiva total del libro el dar a esas páginas un alcance que no pretenden tener, ya que no son más que un "excurso" en la arquitectura general de la obra.

*Humanismo: alma y perfume*

El humanismo grecolatino de Reyes —alma oculta de toda su labor— informa y perfuma todo *El Destiende*: lo mismo cuando evoca “la gloria griega que, en el *Symposio*, inspira el discurso de Diótima sobre los legisladores y los poetas”, y el *non omnis moriar* de Horacio que Gutiérrez Nájera repite: “No moriré del todo, amiga mía” (p. 234); que cuando proclama: “Un mundo sin Sócrates sería un mundo muy feo, en que yo no desearía vivir” (p. 262). Lo mismo cuando, para explicar la moderna “lógica auxiliar del descubrimiento”, la compara en su valor “al que tiene para el amor el ovidiano *Arte de Amar*” (p. 269); que cuando, en breves rasgos definitivos, esculpe a los grandes filósofos presocráticos: Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Pitágoras, Jenófanes, Parménides, Heráclito, Empédocles, Anaxágoras, Leucipo, Demócrito (pp. 269-270).

Por la magia de su palabra, ante nuestros ojos resurgen los dos máximos filósofos griegos: “Platón, que viaja a su gusto por todos los ámbitos” y lo mismo visita la Idea que el Número y el Estado” (p. 270), y Aristóteles, que “sobre todos estos terrenos abonados, levanta la formidable cosecha de su enciclopedia” y “desde la filosofía emprende sobre la retórica su acción imperialista” (p. 271). Ni sólo esa “breve digresión”, sino todo el libro de Reyes es “una reivindicación justiciera... contra la general deficiencia de humanidades clásicas...” (p. 272).

De los setecientos cincuenta y tantos nombres propios que aparecen en el Índice onomástico —y que atestiguan su inmensa lectura—, más de cien son nombres familiares del orbe cultural grecolatino —filósofos, poetas, personajes históricos o mitológicos—, dentro del cual Reyes respira a plenos pulmones y se mueve como en su propia casa. Cúmplase, aquí también, el refrán evangélico: “De la abundancia del corazón habla la boca.”

De paso y como quien no quiere la cosa, Reyes deja caer continuamente, a lo largo de su obra, certeras apreciaciones humanísticas. Como cuando cataloga el poema de Lucrecio, *De Rerum Natura*, entre las obras “de valor filosófico que se acompañan de una calidad estética sólo secundaria en principio, aun cuando en sí misma tan valiosa, que pasa al primer plano en la apreciación del lector, y más cuando, a efectos del tiempo, algunas especies intelectuales pueden depreciarse, y no así el efecto de belleza” (p. 41), y en otro lugar agrega esta observación original: “El infinito

matemático había dormido muchos siglos en el poema de Lucrecio, esperando que la matemática lo recogiera" (p. 261).

¿Y cómo no recordar aquel henchido párrafo en que, ejemplificando el "servicio extraliterario" que la literatura presta a la historia cultural de cada época, encuentra "en la Iliada . . . toda una concepción de la historia, y la significación económica de Troya como emporio entre el Oriente y el Occidente. En la Odisea, un esbozo de geografía marítima . . . y el ideal de la dama en la civilización occidental. En Hesíodo, la relación entre la meteorología y la agricultura. En el ciclo trágico de la Orestíada, rastros de la pugna entre el matriarcado y el patriarcado. En la comedia de Aristófanes, la política de los partidos atenienses. En Virgilio, algo de la historia natural y artes de la siembra y la cría. Costumbres romanas, en Horacio". (p. 55).

### *Mexicanidad*

Pero no han faltado —¿cómo podrían faltar?— quienes acusen a Reyes de "descastado" y tomen a mal su consagración a los estudios grecolatinos de *La Crítica en la Edad Ateniense* y de *La Antigua Retórica*, en vez de ocuparse —dicen ellos— en temas nacionales. ¿Creerán esos señores que lo nacional consiste sólo en el "color local", en lo folklórico, en "lo típico", en las *mexican curious* para turistas superficiales?

Yo pienso que todo el que sepa ver bajo la corteza y tomarle el pulso a México, advertirá en sus venas el latido profundo de la sangre espiritual de la Hélade y de Roma. No me cansaré de repetir que el árbol de nuestra cultura cuatro veces secular tiene dos raíces vitales: la indígena y la hispana, y que —a través de la hispana— sube hasta nosotros la savia siempre joven de la inmortal cultura grecolatina. Lo grecolatino está entrañado en lo más genuino y hondo de México: Homero, Píndaro, Esquilo, Sófocles, Anacreonte, Teócrito, Bión y Mosco, entre los griegos; Horacio, Virgilio, Ovidio, Catulo, Tibulo, Persio, Marcial, entre los latinos —y otros de los grandes poetas clásicos— han hablado en español por boca de mexicanos y se han incorporado —irrevocablemente— a lo más auténtico y entrañable de la cultura mexicana. "Nosotros conocemos —escribe Reyes— con una precisión que el primitivo nunca podría emular, nuestra dependencia del mundo greco-romano . . ." (p. 119). Sólo el primitivo ignora sus orígenes; sólo el descastado reniega de sus padres.

G A B R I E L M E N D E Z P L A N C A R T E

Quien, como Alfonso Reyes, se esfuerza por penetrar en una de nuestras raíces profundas y por hacer que la vieja savia helénica siga enflorando nuestro "ahuéhuetl" autóctono, lejos de ser un descastado, es un buen hijo y un benemérito de la mexicanidad.

GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE